



HISTORIA DE ROSARIO Y SU ESPOSO CHAYO: ME ABRIERON LAS ALAS PARA BUSCARLOS A TODOS

Mi nombre es Rosario López y soy integrante del grupo de Las Rastreadoras de El Fuerte, quienes me ayudaron a recuperar el cuerpo de mi esposo Rosario Peñuelas Yocupicio. Los dos tenemos el mismo nombre, pero a él sus amigos le decían Chayo. Fue secuestrado en pleno centro de San Blas, a la vista de todos, y apareció casi tres años después en Monterrey. Hasta allá fui a traerlo, apoyada por mis compañeras, para darle santa sepultura, y desde entonces prometí que seguiría en las búsquedas hasta que los encontremos a todos. Aquí les quiero compartir mi historia y la de mi marido, que es también parte de la historia de mi familia y de muchos de los habitantes de esta región que han perdido a sus hijos, hijas, padres, esposos...

El pueblo de San Blas, donde yo nací y crecí, era un pueblo tranquilo en mi niñez; por aquí pasaba el tren y muchas de las personas que vivían aquí eran ejidatarias, con tierras de agostadero, y otras se dedicaban al comercio. Mi familia era muy humilde, mi mamá trabajó toda su vida de mesera, lavando trastes... o de lo que iba saliendo.

Mi papá la abandonó y se fue con otra mujer cuando estaba embarazada de mí, así que yo crecí con mis abuelos, que han sido como mis padres; ellos me registraron. Mis recuerdos de niñez son muy felices. Aunque éramos muy pobres, nunca me faltó la comida ni el cariño. Mi abuelo era albañil y mi abuela lavaba ropa ajena. La casa de los abuelos era el lugar de reunión de todos los nietos, ahí nos íbamos al salir de la escuela, se juntaba el *plebero* y jugábamos hasta la noche. Entonces San Blas era muy diferente, la gente no vivía con miedo. Los niños corrían seguros por las calles; si era fin de semana, hasta la media noche andábamos todos juntos recorriendo el pueblo. Nadie jugaba entonces a ser

narco o policía, jugábamos a la roña, a los encantados, a la escuelita, todo era muy sano. En época de calor se tendían las camas en los patios y la gente dormía al aire libre, nadie cerraba las puertas. A lo único que se le temía era a los fantasmas: “por ahí anda un penitente”, decíamos para asustar a los amigos.

Las cosas empezaron a cambiar hace como unos veinte años, pero al principio no había tanta violencia ni tanto desaparecido. Aquí vivían los Beltrán Leyva,¹⁹ pero no se metían con la gente; no les teníamos miedo porque ellos andaban en sus asuntos y nosotros en los nuestros.

Pero esta situación empeoró cuando se comenzaron a meter drogas a las escuelas, hace como diez años, entonces sí a la gente del pueblo no le gustó que se metieran con sus niños. Después, en 2010, empezaron los levantones y muchos jóvenes del pueblo desaparecieron, casi cada casa tiene un familiar desaparecido, no sé el número exacto, pero son más de 20. Unos desaparecieron en 2010, otros en 2011, y varios más recientemente. Muchos no denuncian por miedo, otros tienen la esperanza de que estén vivos, trabajando en algún lado y que un día van a volver. Cuando regreso de las búsquedas no falta quién se me acerque y me pregunte si he sabido de su familiar o si hemos encontrado a alguien. Pero no hacen nada, sólo esperan.

Mucha gente se empezó a ir del pueblo por miedo, por eso hay muchas casas abandonadas que se están derrumbando; un solo dueño rentaba varias casas y no les dio mantenimiento, así que ya los techos no sirven, todo se está cayendo. En el pueblo ahora quedan muchos viejos, maestros retirados, viudas; está todo muy desolado.

Cuando estudiaba la secundaria San Blas aún era seguro y alegre. Yo estudié hasta la preparatoria, quería ser enfermera, pero no hubo dinero para que estudiara, así que me tuve que conformar con tomar algunos cursos de primeros auxilios en la Cruz Roja. Después me capacité en CONAFE y trabajé dando clases en comunidades rurales duran-

¹⁹ El Cartel de los Beltrán Leyva fue una organización delictiva establecida en Sinaloa. Originalmente liderada por los hermanos Marcos Arturo, Alfredo, Héctor y Carlos Beltrán Leyva, también por el ya difunto Iván Beltrán Villarreal. Primordialmente eran comandantes de la organización criminal conocida como el Cártel de Sinaloa, dirigida por Joaquín Guzmán Loera (“El Chapo” Guzmán) [N. de las E.].

te dos años; me mandaron a una comunidad que se llama Buena Vista, aquí en el municipio de El Fuerte. Con la beca de CONAFE me apoyé para hacer la preparatoria. Fue en el último año de preparatoria, en 1997, que conocí a mi marido, cuando estaba trabajando con una señora que servía cenas. Al principio no me cayó bien porque llegó a pagarle un dinero que le debía a mi tía y, como ella no estaba, no quiso dejármelo a mí. Me molestó mucho su desconfianza y nunca pensé que iba a terminar casándome con él.

Él era policía cuando lo conocí; yo era una plebe de 17 años y él un señor de 24, le tomó tres años enamorarme. Era un hombre muy trabajador y responsable, desde los 14 años era parte de la policía municipal de El Fuerte, había trabajado en varios de los pueblos de la zona: en Tres Garantías, Mochicahui y Charal. Cuando llegó a San Blas, él se asistió con mi mamá; primero sólo le daba de comer y le lavaba la ropa, pero como él vivía al otro lado del río, cuando éste se creció y su casa quedó incomunicada, entonces le rentó a mi mamá un cuarto en mi casa.

Chayo era de origen yoreme, de un ejido que se llama La Divisa. Su papá era un hombre muy reconocido en toda la región, se llamaba Daniel Eduviges Peñuelas Jiménez, y era “cobanaro”, que es como se les llama por acá a los gobernadores tradicionales indígenas. Todos en su familia hablan el yoreme, aunque mi marido casi no lo hablaba y por lo mismo no se los enseñó a mis hijas.

A mi suegro le tocó ser autoridad en los tiempos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), así que era priista de hueso colorado. Por sus contactos con el gobierno es que podía resolver muchos problemas en su comunidad: si no había maestro, o si faltaba mucho, él iba a la supervisión escolar y lo resolvía. Él atendía los problemas comunitarios, no se le atoraba nada. También era músico, tocaba el violín y ese gusto por la música se lo heredó a mi marido, que aparte de ser policía tocaba el bajo en un grupo.

Siempre me pregunto: si mi suegro hubiera estado vivo cuando se llevaron a mi marido, él habría logrado rescatarlo. Pero para mi mala suerte él ya había muerto cuando pasó nuestra desgracia. Cuando murió mi suegro todo su funeral se organizó según la tradición: se

hizo un responso a los nueve días de enterrado, con fiesta y música. Forraron una mesa con manteles, la llenaron de flores y pusieron una cajita con una cruz para simular que era el muerto. Luego llegaron las pascolas y los venados²⁰ y le empezaron a bailar para despedirlo. Aunque mi familia no es yoreme, siempre me identifiqué mucho con su cultura. Cuando eran sus fiestas y empezaban a bailar la danza del venado, se me subía la adrenalina a todo lo que daba porque siempre me han gustado esas cosas. Cuando escucho un tambor sonar de los judíos o del venado parece que el corazón se me va a salir. Me estremezco, no sé, siempre me ha gustado eso, siempre, siempre... Más ahora que Chayo ya no está, esas tradiciones y esa música me lo recuerdan.

Aunque me gustan mucho sus tradiciones, nunca pensamos en irnos a vivir a su rancho, porque es una comunidad muy marginada. No tienen agua entubada, se las arreglan con agua de pozo, que es muy salada, y a mí no me gusta nada para tomarla. Te bañas y los cabellos te quedan tiesos, parados; la piel te queda blanca de tanto salitre que tiene. Ahí no hubiera habido futuro para mis niñas, hay un poco de tierra de sembradío, pero sólo para los ejidatarios que siembran chile o milpa. En la familia de mi marido eran siete hermanos y la tierra no daba para que todos vivieran de ella. Así que varios de sus hermanos migraron, tomaron el tren y se fueron para Nogales o a vagar por otras partes de México. Por eso mi marido dejó la secundaria y decidió ponerse a trabajar. Primero estuvo haciendo adobes, y se ponía con su hermano Eugenio a escuchar el radio y ablandar el lodo con los pies; me contaba que le gustaba mucho ayudar a su hermano en ese trabajo. Pero a su hermano lo mataron por una equivocación, lo confundieron con otra persona y lo acuchillaron saliendo de un baile. Esto le pesó mucho a mi marido, que era muy cercano a él. Nunca se investigó nada ni se hizo justicia, así se quedó nomás. Él me contó que fue esta experiencia lo que lo decidió, cuando cumplió 14 años, a volverse policía. Pensaba que tal vez él sí podría hacer una diferencia y atrapar a los malandros. Ese era su pensamiento cuando decidió ponerse ese uniforme que le costó la vida.

²⁰ La danza de los pascolas y el venado es un ritual de origen prehispánico; es una de las tradiciones más arraigadas de las comunidades de yaquis y yoremes del norte de México [N. de las E.].

Era muy buena persona y siempre se preocupaba mucho por los demás, quería ayudar a su familia. Cuando empezó a venir a mi casa todavía estaba casado. Nos hicimos amigos y me contaba de sus problemas, porque tenía muy mala relación con su señora. Hasta que un día la mujer le robó su aguinaldo, agarró a sus hijos y se fue con otro. A Rosario este abandono le pegó muy duro, sobre todo porque se llevó a sus niños. Durante tres años luego de que lo dejó su mujer me estuvo buscando, cuando ya vivía en casa de mi mamá. Fue al tercer año que por fin le hice caso. Yo le tenía mucho cariño y sabía que era un buen hombre, pero no quería tener conflictos con su ex mujer, que un día llegara a reclamar o a causarnos problemas. Pero finalmente acepté, no hubo boda grande ni nada porque no teníamos dinero.

Para mí, Chayo fue la mejor persona del mundo. Un ejemplo, para que vean cómo era de generoso, es la manera en que trató a mi mamá cuando ella se enfermó. Al poco tiempo de que se casara conmigo, mi mamá cayó con una artritis que le enchuecó todos los dedos, no podía agarrar las cosas ni comer sola. Tantos años de trabajar en restaurantes y agarrar agua caliente y fría tuvieron sus consecuencias. Pero mi marido se hizo cargo de ella y de todos nosotros, él no tenía obligación, pero mantenía a mi mamá y a mis hermanos. Nunca me echó en cara nada, la trató como si hubiera sido su madre. Era muy bueno, en cuanto recibía su quincena me la entregaba y yo le daba a él para sus pasajes. Yo me encargaba de administrar el dinero de la casa.

En 1998 nació nuestra primera hija y le pusimos por nombre Yoely Darlenne; seis años después llegó Daneysi, y en 2008 nuestra beba, que se llama Thaily María. Éramos felices con nuestras niñas y teníamos una buena vida; él trabajaba de policía y yo haciendo piñatas. Vivíamos aquí en esta casa con nuestras hijas. Pero cuando las cosas se empezaron a poner mal en San Blas, cuando comenzaron los levantones y aumentó la violencia, ya no quería seguir de policía, pensó en irse a trabajar a San Antonio, Texas, donde vive uno de sus tíos. Pero le faltaban cinco años para lograr su jubilación, así que pensó que mejor se esperaba para no perder la pensión.

Él no era como los otros policías, a él no le gustaba golpear ni torturar. Sus compañeros a veces “se pasaban” con los detenidos y a él eso lo ponía mal. Me contó que en una ocasión detuvieron a un hombre y se lo llevaron a la bocATOMA²¹ y lo golpearon mucho. Dice que lo taparon y que todos se reían, lo pateaban y lo golpeaban. Él no quiso participar, se negó a golpearlo, pero tampoco podía detenerlos porque se metería en problemas. Después ese hombre se lo agradeció; cuando su familia pagó la fianza y lo liberó, él reconoció a Chayo por la voz y le dijo: “sé que tú no aceptaste golpearme, eres una buena persona”. Había muchas injusticias y él me contaba todo lo que veía, por eso quería dejar la policía, porque no le gustaba lo que estaba pasando. Nunca le gustó el dinero “mal habido” ni quiso involucrarse en nada que no fuera legal. Una vez algunos compañeros de trabajo usaron las patrullas para hacer un asalto y él estaba de guardia en la oficina; a los otros los atraparon y a él lo estuvieron interrogando porque no había reportado dónde andaban los patrulleros, pero ellos le habían mentido y esa fue la información que él tenía. Fue muy mala experiencia y a partir de eso él pidió su cambio porque ya no quería andar de patrullero, era mucho el riesgo.

Los salarios eran bajos y vivíamos al día, pero él siempre buscaba otras entradas: los fines de semana tocaba con su grupo y también arreglaba aparatos eléctricos, grabadoras, lavadoras, abanicos. Él aprendió a arreglarlos solo, era muy listo y muy servicial, si alguien tenía un problema con su carro, iba y trataba de ayudar. Pero nunca tuvimos dinero de más, para hacer fiestas o carnes asadas; él se limitaba porque era muy poco lo que ganaba y teníamos que pagar agua, luz, gas y la comida. Pero era preferible vivir al día que ponernos a todos en peligro, así que empezó a tomar distancia de sus compañeros que andaban mal.

A veces, sin querer, lo metía en problemas, porque nunca he sido dejada y siempre he protestado contra las injusticias. Una vez discutí con el síndico porque había una pila del drenaje cerca de la casa y desagüaba cada tanto tiempo y olía terrible. Estaba embarazada y ese olor

²¹ Una bocATOMA es una estructura hidráulica destinada a derivar parte del agua disponible desde un curso de agua, desde un lago o incluso desde el mar [N. de las E.].

me tenía enferma, no podía comer nada, me daba asco y deponía el estómago. Así que fui a reclamar y pedí que solucionaran lo antes posible ese problema que estaba afectando la salud de todos. Entonces el síndico se molestó y dijo que yo era muy altanera; agarró represalias en contra de mi esposo y por él lo cambiaron a El Fuerte.

Encima de todo esto Rosario tuvo un accidente en el trabajo: a un compañero se le disparó el arma y lo hirió en el pie, y no tuvo ningún apoyo de su jefe. Yo lo tuve que curar en casa y pasaron dos días para que lo dejaran ir al médico; tuvo que pedirle prestado a su jefe 500 pesos para poder ir porque aún no era día de pago. El comandante se los prestó, pero a cambio le pidió que se quedara de guardia, así como estaba, con su pie enfermo, mientras todos los compañeros tenían una fiesta. Fueron muy injustos con él, y ahora que lo cuento me duele mucho el trato que le dieron. Intervine para que lo quitaran de patrullar porque sabía que se jugaba la vida en ese trabajo, todo se había puesto muy peligroso. Así que decidí hablar con el presidente municipal de El Fuerte y pedirle que lo pusiera en un lugar fijo que fuera seguro. Yo había hecho amistad con el presidente porque me compraba piñatas para las fiestas del Ayuntamiento, así que me atreví a buscarlo y funcionó. Se lo llevó a su casa para que fuera parte de su escolta.

Pero igual Rosario no estaba tranquilo y ya quería renunciar, sólo se quedó por la jubilación. Faltaban tres meses para que cumpliera los 25 años de servicio cuando se lo llevaron unos hombres encapuchados, a plena mañana y en medio de la plaza.

Era el 8 de enero de 2013. Me levanté con un mal presentimiento porque había tenido una pesadilla en la que nos perseguían unas mujeres y yo tenía que huir con mis niñas y dejar a Rosario herido en el piso. Le conté el sueño y le pedí que no fuera a trabajar, pero él no aceptó porque ya se había tomado el Año Nuevo para estar con la familia y no quería tener más problemas. Así que, como todos los días, salió de la casa a las 7 de la mañana rumbo a El Fuerte. Esa fue la última vez que lo vi; mi corazón me decía que algo malo iba a pasar, pero no pude convencerlo de faltar, era muy responsable. A las dos horas recibí una llamada de su hermano Luciano, que también es policía, avisándome que no había lle-

gado. Pensé que tal vez había tenido algún contratiempo con el camión y que llegaría más tarde. Le pedí a mi cuñado que aún no reportaran su falta, que no tardaría en llegar. Pero un poco más tarde me volvió a hablar mi cuñado y me dijo que hubo una balacera en San Blas y que creían que se habían llevado a Rosario. A mí se me paró el corazón, todos mis temores se hacían realidad.

Salí corriendo a la casa de mi tío y le pedí que me acompañara a buscarlo. Sabía que había testigos, porque hubo una llamada a la policía reportando lo ocurrido, así que pensé que tal vez habían visto hacia qué rumbo habían tomado los malandros. La gente tuvo el valor de notificar a la policía; le dijeron que era un grupo armado de encapuchados, y que después de que se lo llevaron se escucharon detonaciones. Llegamos con mi tío al lugar en donde lo levantaron y estaba acordonada el área. Había soldados, ministeriales, policías, un montón de gente custodiando un lugar en donde no había absolutamente nada. Entonces la angustia se convirtió en coraje al ver a todos esos inútiles sin hacer nada. Me subí al carro con mi tío y me fui a buscarlo, iba preguntándole a la gente si alguien había visto por dónde se lo habían llevado. Me avisaron entonces que en otro lugar, ahí mismo en San Blas, habían encontrado un gorro y un anillo.

Cuando lo estaba buscando vino por mí una patrulla y me llevó al lugar de los hallazgos. Iba también un periodista de *El Debate*, que me hostigaba con sus preguntas: que si habíamos peleado, que si tenía otra mujer. Yo me había aguantado hasta entonces las lágrimas, pero no pude más y empecé a llorar, no había ningún respeto por el dolor y la angustia que estaba viviendo. Cuando llegamos al lugar pude ver la gorra y de inmediato supe que era de mi marido, yo la había lavado un día antes y la conocía perfectamente. A un lado estaba un anillo que mi hija le había regalado, que tal vez no tenía mucho valor pero que era muy especial para él. De inmediato supe que él quiso dejarnos un mensaje tirando el anillo. Mi marido fue muy inteligente para decirnos con estas señales: “Mira, aquí me levantaron”. Quise quedarme con las cosas, pero no me dejaron; que eran pruebas, que las iban a analizar y no sé qué más. Nunca hicieron nada. Lo que más me dolió fue ver en el piso rastros de

sangre y las huellas que deja una persona cuando la arrastran; me pude imaginar la manera en que se lo llevaron a la fuerza.

Yo hervía de coraje al ver a todos parados perdiendo el tiempo, con ganas de haber tirado una bomba y que volaran todos. ¡¿Qué custodiaban?!, no había ni un cuerpo. ¿Las evidencias? ¡¿Qué evidencias?! Eran puras estupideces para justificar que no hacían nada. Cada minuto era valioso y tendrían que haber ido a buscarlo en vez de quedarse ahí, indiferentes, inmóviles. Yo hubiera querido darles órdenes, pedirles que cerraran las salidas a El Fuerte, que pusieran retenes. Pero yo no era nadie para dar órdenes, no pude hacer otra cosa que ir al Ministerio Público a poner la denuncia.

Mi cuñado Luciano, que también es policía, sufrió un ataque y fue a dar al hospital. Yo no podía darme el lujo de quebrarme, era el pilar de mi familia y mis hijas sólo contaban conmigo para encontrar a su papá. Durante la primera semana recorrí los alrededores de San Blas, por los canales, por la bocatoma. Anduve preguntando en los ejidos. Quien me acompañó en estos momentos tan difíciles fue mi tío Genaro; a pesar de que tenía una discapacidad y le costaba caminar, me acompañó en mis búsquedas. Pero para mi desgracia, a la semana de que desapareció Rosario lo mataron a él. Estaba sola y tenía que proteger a mi familia, así que traté que las niñas siguieran con sus vidas, que no se dieran cuenta de todo lo que estaba pasando y siguieran con sus rutinas, lo más normal que me fue posible. A los pocos días de la muerte de mi tío recibí una llamada de un hombre que me dijo que acababan de enterrar a mi marido, aún vivo, por la zona del Pochotal, que si iba de inmediato aún lo podría salvar.

En ese momento di parte al jefe de seguridad pública, y este tipo, con todo el cinismo, me dijo que fuera a buscar y que si encontraba algo regresara a avisarle. Me fui al lugar que me indicaron y había un olor terrible a animal muerto, busqué por toda la zona pero no encontré nada. Poco después llegaron la policía y el ejército, e inmediatamente después un grupo armado que los enfrentó. Se armó una balacera y tuvimos que salir corriendo de la zona.

El jefe de la policía me dijo que no siguiera buscando porque me pondría en riesgo, pero no había nada que me pudiera detener. Estaba

decidida a encontrar a Rosario y regresarles su padre a mis hijas. Busqué sola y a veces acompañada por algunos familiares; regresé al Pochotal, pero no encontré nada. Durante semanas toda mi vida giró en torno a la búsqueda. Vivíamos de la pensión de Rosario que me seguían depositando, hasta que un día la suspendieron y tuve que acudir al gobernador para que reestablecieran los depósitos.

Durante casi año y medio busqué sola, toqué muchas puertas, recorrí muchos caminos, pregunté dentro y fuera de San Blas. Hasta que en agosto de 2014, por pura casualidad, encontré a Mirna Medina en una junta en el Palacio Municipal de El Fuerte. Yo iba a una reunión de viudas de policías, que se había suspendido pero no me alcanzaron a avisar, y en su lugar me encontré con un grupo de madres de desaparecidos. Este encuentro me cambió la vida. Desde ese momento me integré a los grupos de búsqueda y ya no me sentí sola. Algunas me tenían desconfianza porque era esposa de un policía, y a varios de sus hijos los había desaparecido la policía. Pero les hice entender que mi Chayo era diferente, y que yo, como ellas, sufría por su desaparición y sólo quería encontrarlo. Mirna me apoyó y acordamos que en el grupo todas seríamos una sola familia y no importaría lo que nuestros hijos, esposos o padres hubieran hecho. Nadie merecía ser desaparecido. Me integré al grupo y ya no busqué únicamente a Rosario, sino a los hijos, hijas, esposos, madres y padres de otras mujeres desesperadas como yo.

Anduve más de un año buscando con Las Rastreadoras por todo el norte de Sinaloa. Fue hasta el 12 de noviembre de 2015 que el licenciado Arturo Arellanos, de la Unidad de Búsqueda, me llamó para decirme que habían encontrado un cuerpo en Monterrey y que daba positivo en las pruebas de ADN de mi esposo.

Nada tenía sentido para mí, ¿qué estaba haciendo el cadáver de mi esposo en Monterrey? Si apenas tenía para sobrevivir, ¿cómo podría ir hasta allá para confirmar que era mi esposo? Estaba desesperada. De inmediato Mirna se movilizó y consiguió que me pagaran el viaje a mí y a ella, para que no fuera sola. Luego me enteré de que el Ministerio Público estaba en contacto con mi cuñado Luciano y estaban haciendo los trámites para que él fuera a identificarlo. Al principio me molesté mu-

cho, porque toda la familia de Rosario me había dejado sola en la búsqueda, y que el Ministerio Público se comunicara con él y no conmigo me ofendió. Sin embargo, tuve que aceptar que fuéramos los tres porque yo no podía dar muestras para ratificar las pruebas de ADN, sólo su hermano. Así que hicimos un viaje que resultó ser mucho más difícil de lo que imaginé, no sólo porque implicó reconocer por fin que mi esposo estaba muerto, sino porque viajar con mi cuñado fue una pesadilla.

Desde que empezamos a planear el viaje él se puso violento cuando vio que yo tenía unas veladoras en la casa. Dio la casualidad que cuando él vino a la casa, en el piso había una cruz de cenizas con veladoras como parte del novenario de mi tío Genaro. Él pensó que yo estaba dando por muerto a Chayo y se alteró mucho. “¡Tú eres culpable de todo!”, me dijo. “¿Por qué le pones veladoras?”. Se puso como loco y me agredió, me tomó del cuello y casi me ahorca. Después se calmó, pero ya tenía miedo y desconfianza de viajar con él. El día del viaje tuve que mandar una patrulla a traerlo porque no llegaba al aeropuerto, después lo perdimos varias veces en las escalas en la Ciudad de México. Era como viajar con un niño, nunca había salido de San Blas ni se había subido en un avión, así que se nos perdía viendo las cosas. Una vez al bajarse del avión se fue a caminar a los hangares “a ver las naves”, nos dijo, y casi perdemos el vuelo por su culpa. Ahora me da risa, pero entonces, con el estrés del viaje, estaba muy enojada y hubiera preferido mil veces ir sola.

Al llegar a Monterrey nos llevaron a una funeraria en donde tenían los restos. Al principio no querían dejarme ver lo que tenían, sólo querían que se hicieran las pruebas de ADN, pero yo exigí que me permitieran verlo, les dije: “No vengo a ver si puedo, sino porque puedo vengo señor”. Sabía que si me dejaban tocar su cráneo lo podría identificar, conocía su dentadura y él había tenido un trabajo dental que le había dejado un diente chiquito para ponerle un forro. Cuando pude ver el cráneo, lo primero que identifiqué fue el diente pequeño, pero mi cuñado gritaba “¡No es él!, ¡No es él!”. Entonces me puse muy nerviosa y repetí como él: “¡No es mi marido!”. Pero en el fondo de mi corazón sabía que sí era.

Las anteriores pruebas de ADN las habían hecho con mi hija mayor, Yoely, y ahora sólo querían ratificarlas con el ADN de mi cuñado,

así que le tomaron muestras de saliva. Salieron positivas. Él seguía negando, sin embargo, que fuera su hermano. Las personas de la Fiscalía me presionaron para que lo incinerara, para que fuera más fácil viajar con él. Yo estaba muy confundida y acepté, así que regresé a casa con una cajita con sus cenizas.

Les había prometido a mis niñas que les traería a su papá de regreso. Hablé con ellas antes del viaje y les expliqué que iría por su papá, pero que ya no sería como ellas lo recordaban, porque ya se había ido al cielo. La más pequeña reaccionó muy mal y se puso a llorar, no quería que me fuera y quería que le regresara a su papá como la última vez que lo había visto; a mí se me rompía el corazón de verla llorar.

Mi cuñado se regresó en un vuelo antes que nosotros y le pedí que fuera a la casa para que mis niñas no estuvieran solas cuando yo llegara con el cuerpo de su papá. Sin embargo, él se fue a su rancho y no estuvo con ellas para recibirnos. Yo iba muy nerviosa, porque no podía enseñarles a mis hijas la cajita que llevaba en las manos y decirles que era su papá. Así que le pedí a Mirna que consiguiéramos un ataúd para poner las cenizas adentro. Ella de nuevo supo hacer las llamadas indicadas y me consiguió apoyo para el funeral. Cuando llegamos a casa con la carroza de la funeraria, sólo mi hija mayor había hecho algo para esperarnos y tenía flores y música. Mis cuñados no habían movido un dedo. Entonces empezamos a arreglar todo para recibir a la gente: la comida, las sillas. Esperaba que llegaran los músicos con los que él tocaba, que me habían prometido que si lo encontraba estarían en su funeral. Me quedé esperando, ni los músicos ni los policías llegaron. Mi cuñada empezó a criticarme porque yo no estaba llorando, y luego quiso abrir la caja. No quería exponer a mis hijas al dolor de ver lo que había quedado de su padre, así que se lo impedí. Yo tenía casi cuatro días sin dormir por el viaje y la tensión, así que estaba muerta de cansancio. Como no quería dormirme y que abrieran el ataúd, decidí dormirme encima. Y esa fue la última noche que pasé con mi Chayo.

Al día siguiente cerramos la calle y sacamos el ataúd con sillas y flores frente a la casa, así los policías no tendrían el pretexto de decir que no se habían enterado del funeral. Estaba muy enojada por la indi-

ferencia de sus amigos. Ahí me di cuenta de que sólo contábamos con mi familia y con mis compañeras Rastreadoras. Cuando llevábamos el féretro a la Iglesia para su misa de despedida llegó una patrulla y me pidieron que si podían llevar ellos el ataúd a un recorrido por San Blas. Yo estaba tan enojada que los quería correr, pero Mirna me calmó y me convenció de que los dejara despedirse de su compañero. Lo subieron a la patrulla, toda sucia; hasta una escoba iba atrás. Para mí no fue la despedida que él se merecía. Pero Mirna y yo le cantamos, lo despedí con canciones, flores y mucho amor.

Su familia se lo quería llevar a su rancho, pero no quise; sabía que siendo ellos cristianos iban a dejar su tumba abandonada, y estaría muy lejos de sus hijas. Ahora lo tenemos aquí en San Blas, cerca de la casa y de nuestro corazón.

Aunque sufrí mucho por tener que enterrarlo, también fue una satisfacción muy grande haberles cumplido a él y a mis hijas la promesa de que lo encontraría. Ya no están como otras hijas que viven con la incertidumbre de no saber dónde están sus padres, ellas sí tienen a dónde ir a rezar y llevarle una flor.

No espero nada de la justicia de los hombres, sólo en la justicia de Dios es en la que confío. Si no lo pudieron buscar en cuanto desapareció, ¿de qué me sirve ahora que busquen a los que se lo llevaron? No quiero arriesgar más a mis hijas, sé que los que mataron a mi marido siguen por acá; un día dejaron su cartera en la ventana de mi casa y sé que fue un mensaje para que sepamos que nos están viendo y siguen aquí.

Lo que quisiera es que todo esto se acabara, pero es como una bola de nieve que cada vez se va haciendo más grande. No sé cómo la van a parar. A nosotras no nos queda otra que seguir viviendo y cuidar a nuestras familias, pero siento que todo lo que he vivido me ha hecho más fuerte. A los once días de que se llevaron a mi esposo mataron a mi tío discapacitado, que era mi apoyo. Todos pensaron que me iba a quebrar o que pararía de buscar, pero lejos de agacharme o tirarme a llorar, agarré fuerza; fue como si me extendieran las alas para volar. Desde entonces no he tenido fin, no he parado, los buscamos a todos y no pararemos hasta encontrarlos.

ESPERANZA

*Palabra de colores
vives en la copa de los árboles
esperanza de sabores
eres día, eres noche
lluvia de estrellas*

*Esperanza caótica
del hambre y dolor*

*Esperanza de justicia
luminiscencia peregrina*

Esperanza.

MARÍA ELENA BASAVE